



**Montse Esquerda Aresté**  
Pediatra y profesora.  
Blanquerna-URL

**H**ay una interesante anécdota sobre Margaret Mead, antropóloga estadounidense, que explica cómo durante una clase un estudiante le pregunta cuál cree que es el primer signo de civilización en una cultura. Mead le devuelve la pregunta al estudiante sobre cual considera él y éste responde que el primer signo de civilización podría ser cuando aparecen restos de vasijas, metal o similares en un yacimiento. Pero Mead le responde que no, que el primer y principal signo de que un grupo es humano es cuando se halla entre sus restos un fémur con callo de fractura. Es decir, que, si alguien se fracturó el fémur y se curó, puesto que ningún animal sobrevive en la naturaleza con un fémur roto, es porque allí hubo cuidado, le dieron comida y agua y le protegieron de depredadores hasta que pudiera caminar de nuevo.

El alumno, en cierta manera, respondía que aquello que nos hace humanos es la técnica, pero Mead le contestaba que lo que realmente nos hace personas es el cuidado, y principalmente a los más vulnerables.

Diría que el estudiante tenía parte de razón: los seres humanos somos vulnerables por nuestra condición humana, porque como Lévinas comenta "somos finitos y frágiles, expuestos a la herida, a la enfermedad, al fracaso y a la muerte". Pero para superar esta vulnerabilidad la respuesta humana no ha sido solo el cuidado, sino una asombrosa combinación de técnica y cuidado.

Y esta integración entre técnica y cuidado se ha realizado siempre en redes de relaciones, los seres humanos somos intrínsecamente relacionales. A lo largo de nuestras vidas, los seres

humanos pasamos por largos periodos de dependencia como la infancia, el envejecimiento, el fin de la vida, y los periodos de enfermedad o lesión, en que necesitamos acompañamiento y protección.

En las últimas décadas, la medicina ha alcanzado hitos técnicos extraordinarios, que nunca hubiéramos podido imaginar antes: desde la antigüedad hasta inicios del siglo XX la esperanza de vida era de 32 años, y actualmente está sobre los 84 años de vida. Este espectacular incremento se debe tanto a la mejora de las condiciones de vida, de salud pública, como a los enormes avances en medicina.

Este incremento ha podido reforzar en cierta manera los fines y objetivos de la medicina, priorizando las respuestas técnicas para curar desde un punto de vista reduccionista y biológico, y negligiendo aquellas respuestas más basadas en el soporte y acompañamiento. Pellegrino comentaba que "por primera vez, se puede curar sin cuidar. Pero la experiencia de ser curado va ontológicamente ligada a ser cuidado".

Sin embargo, a pesar del enorme alcance de la medicina, seguimos siendo vulnerables y necesitados de cuidado, e incluso habrá situaciones, como final de vida o duelo, en que la principal respuesta sea acompañar.

Una medicina más centrada en enfermedades que en enfermos y preocupada por curar, puede olvidarse de la vulnerabilidad. Pero también una bioética clínica muy centrada en la autonomía y en el peso de las decisiones individuales se ha podido olvidar que somos seres relacionales, nacemos y morimos en comunidad y no sobreviviremos sin ella.

Porque una diferencia fundamental entre curar y cuidar son sus dimensiones: el curar es unidimensional, centrado en la biología, mientras que cuidar es multidimensional, abarcando y dando respuesta a las necesidades de las personas en sus diferentes dimensiones.



En el final de la vida, el acto de cuidar adquiere una relevancia aún mayor, ya que el ser humano se enfrenta a su vulnerabilidad más profunda. Este proceso no se limita solo a lo físico, sino que se extiende al plano emocional, social y espiritual. En este contexto, la atención compasiva no solo alivia el dolor, sino que también ofrece dignidad y acompaña a la persona hasta el final.

La atención integral, técnica y cuidado, forma parte de ese núcleo más profundo y primigenio de nuestra condición humana, de aquello que nos hace personas, no solo de forma individual, sino también colectiva. Es un recordatorio de que, en última instancia, lo que nos hace profundamente humanos es nuestra capacidad para cuidar y ser cuidados en los momentos de mayor fragilidad. ▀